

tanta priesa, pedí y aconsejé el perdon del príncipe de Asturias. Siendo una cosa entonces tan probable que preparase Bonaparte alguna grande intriga de las suyas apoyada en los sucesos deplorables ocurridos, cualesquiera que hubiesen sido sus designios, el modo de atajarlos era impedir la division de nuestra corte, ora intentase dominar á padre é hijo bajo el papel de mediador entre uno y otro, ora dar mano fuerte al hijo contra el padre, ó al padre contra el hijo. Esta ocasion, si la buscaba, fué quitada, en cuanto estuvo de mi parte. Dado el perdon y unidos padre é hijo, la mediacion de Bonaparte era ya inútil, y aun habria tenido alguna cosa de ridículo, puesto que habria llegado cuando se hallaba todo fenecido. Aseguro por vida mia que mi intencion fué darle un bravo chasco, y explorar de camino sus intentos. Aconsejé á este fin al rey no darle cuenta del perdon hasta pasarse algunos dias. Tardó por esto en publicarse hasta el dia 5; y aun del perdon no fué enviada la noticia oficialmente hasta el dia 8 de noviembre. Hice mas (dignóse el rey tambien tomar en esto mi consejo); antes de escribir nada del perdon, aquel dia mismo en que fué dado, escribió Cárlos IV de su puño á Bonaparte, y en términos tan duros quanto era dable hacerse de testa á testa coronada, dándole vivas quejas de su embajador Beauharnais, pintándole con fuerza el indecoro de las negociaciones subrepticias entabladas por su mano, y apelando al honor de su go-

bierno comprometido gravemente en los sucesos ocurridos por la audacia inexplicable de su agente. De esto no ha dicho nada el conde de Toreno. A ley de historiador debió contarlos, porque este asunto fué muy grave, y fué notorio, y se halla consignado en documentos indudables que tenia á la vista cuando escribió, « que sometida y acobardada » nuestra corte, al oír que el nombre de Napoleon » andaba mezclado en las declaraciones del príncipe, todos se estremecieron, y anhelaron poner término á tamaño compromiso. »

¿Cómo quisiera yo tener un borrador de aquella carta que Bonaparte no dió á luz en ningún tiempo, habiendo publicado al cabo de dos años tantas otras que le convinieron para engañar la Europa y deslumbrarla! Mas cual hubiese sido aquella carta, se vió por los efectos. Hace ya treinta años que una casualidad hizo caer, aquí, en Paris, en el dominio de la imprenta, la correspondencia que tenia conmigo don Eugenio Izquierdo, y en ella se habla largo de los efectos que produjo aquel autógrafa. La irritacion de Bonaparte fué tan grande, que, al decir del príncipe de Benevento y del mariscal Duroc, jamás habian notado en el emperador un arrebató tan violento de cólera y enojo. Hé aquí la serie de sucesos que produjo aquel escrito; referirélos por su órden.

El príncipe de Maserano, que aun seguia de embajador de España en Francia, fué encargado de

entregar la carta en propia mano á Bonaparte; hizo en 11 de noviembre. Leerla aquel gigante de la Europa, y estallar en gritos furibundos y en amenazas y denuestos, fué una misma cosa. Escribió Maserano á nuestra corte aquella escena bajo las impresiones del momento, que no pudieron ser mas fuertes; cólera de un culpado que juzgó Maserano ser fundada, cólera que revienta y que se aplaca luego por sí misma cuando no encuentra los descargos. Díjole Bonaparte, sin perdonar aquel estilo indecoroso de cuartel que le era tan frecuente en los accesos de su ira, que recibia como una ofensa la mas grave que cabia de un rey á otro aquella carta, que á no poder dudarse la habria copiado Carlos IV sin advertir lo que escribia; que aquella carta era obra mia, y una osadía contra la cual debia pedir al rey *una satisfaccion ruidosa que no seria bastante, á no quitarme de su lado y desterrarme para siempre de la corte*; que se hallaba tentado de declarar la guerra en aquel acto y hacer prender la legacion entera y cuantos españoles hubiese en sus dominios, entre ellos al bribon de Izquierdo, el cual era un espía que yo tenia en su corte; que el suceso del Escorial seria otra intriga semejante contra el príncipe inocente; que no habia recibido carta alguna suya, y que su embajador Beauharnais ninguna cosa le habia escrito relativa á bodas ni á otra ninguna pretension por parte de aquel príncipe; que era una gran maldad el calumniarle

de aquel modo, y complicar en tal calumnia su propio nombre y los respetos de su imperio; que desde aquel momento ponía bajo su amparo al príncipe Fernando, y le protegería contra cualquiera que intentase difamarle y oprimirle; que aquel enredo era sin duda una maquinación de la Inglaterra, dirigida á romper la union de las dos cortes y á embarazar la expedición que estaba concertada para sacar al Portugal de su influencia; que á su excelente amigo y aliado Carlos IV le pretendían hacer torcer de su política en la misma ocasion, y en la hora y punto en que intentaba engrandecer su poderío y darle pruebas especiales del interés que habia tomado por su casa; que escribiera al momento á nuestra corte, y que pidiese de su parte la reparacion debida al alto agravio que se habia hecho á su decoro, si era que no querian que la pidiese de otro modo y que rompiese enteramente con nosotros (1).

(1) Conviene recordar en este sitio lo que despues no ignoró nadie, es á saber, que Bonaparte, que tan á pie juntillas negó entonces que le hubiese escrito el príncipe de Asturias, olvidado probablemente de esta escena que he contado, él mismo hizo mencion de aquella carta algunos meses adelante, cuando escribiendo al mismo príncipe en 16 de abril siguiente, le dijo entre otras cosas lo que sigue, relativo á su proceso: «Vuestra alteza real habia cometido sobradas culpas; basta para prueba la carta que me escribió y que siempre he querido olvidar. Cuando V. A. fuere rey, conocerá

De este talante fué en resúmen aquella grande escena de fantasmagoría que se representó en Fontainebleau el 11 de noviembre. Dejo de hacer los comentarios que merece tal mentir y tal razonamiento de aquel hombre, que á la fuerza y al poder de

»cuantos son sagrados los derechos del trono: cualquier
»paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano
»extrangero es criminal.»

Aun es mas digno de notarse que Bonaparte fué el primero que dió á luz aquella carta al cabo de dos años, tan reservada y tan callada como la tuvieron á la España los malvados que indujeron á escribirla al príncipe Fernando, mientras al propio tiempo trataban de traidores á tantos hombres respetables é inocentes que fueron arrastrados por las calles y hechos piezas como llamadores y parciales del emperador de los franceses. He aquí lo que se lee en el Monitor de 5 de febrero de 1810 bajo el título de *Piezas relativas á los asuntos de España*: «Hallándose en Fontainebleau, recibió el emperador, en octubre de 1807, la carta aquí adjunta (núm. 1.º) del príncipe de Asturias, de quien apenas conocia la existencia. Esta carta no habia sido precedida de paso alguno anterior, y S. M. no pudo menos de entrever que se intentaba tomar su nombre para dar á los asuntos de España una direccion opuesta á sus intereses, etc., etc.»

Esta revelacion harto tardía de Bonaparte (ignorada en España por el mayor número de sus habitantes en aquella época, y cuya verdad fué confesada despues por Escoiquiz en su *Idea sencilla* por el año de 1815), prueba una de dos cosas; ó que la cólera de Bonaparte por la carta de Cárlos IV fué fingida, ó que si fué verdadera, no tuvo mas causa que la confusion y la vergüenza que debió causarle ver descubiertas y patentes sus intrigas comenzadas.

un millon de combatientes , juntaba las astucias y perfidias de un príncipe italiano de los de la edad media. Cualquiera que leyere podrá hacerlos sin que yo le ayude. Voy á contar de que manera tuvo escampo y disipóse en pocas horas aquella gran trozada de aparato.

Habia faltado á Maserano en este lance aquel dominio de sí propio que necesita un diplomático. Ofuscado su espíritu, como le preguntase Bonaparte si habia tenido carta mia , ó habia llegado alguna por su mano para don Eugenio Izquierdo , díjole sin reparo que para éste solamente habia llegado un pliego mio, y dióle hasta las señas de aquel pliego, una de ellas ser tan pequeño y tan sencillo como una simple carta. Muy tarde se le hacia á Napoleon saber , si era posible, el contenido de aquel pliego, y á los suyos les dió la orden de escribir á Izquierdo que su presencia era precisa y muy urgente para asuntos graves. Izquierdo, recibida ya mi carta que aguardaba impaciente hacia seis dias, de una corazonada, sin aguardar que le llamasen, el dia siguiente, muy temprano, partió á Fontainebleau. No le arredraron las noticias abultadas y medrosas que comenzaron á esparcirse en los salones desde la tarde del dia 11, ni la advertencia que le hizo uno de sus amigos de que podrian ponerle preso, si era verdad lo que decian de que se habian atropellado los respetos del embajador Beauharnais. Fuéese derecho á visitar al mariscal Duroc, amigo

suyo verdadero. Este le dijo que el emperador habia mandado le llamasen ; que una carta del rey de España le habia irritado á tal extremo cual nunca le habia visto, que estaba ansioso de saber de un modo cierto y detallado lo ocurrido en nuestra corte y lo que yo habria escrito acerca de esto, puesto que S. M. sabia por Maserano que le habia llegado un pliego mio. «No tengo mas noticias ni detalles, dijo » Izquierdo mostrándole mi carta, sino la relacion » sucinta de este pliego. Aunque el embajador no » hubiese dicho que me habia llegado no era mi » ánimo ocultar ni disfrazar su contenido; mi mision » en Paris no tiene mas objeto que el de estrechar » las relaciones de ambas cortes. Se me respondió en » ella que el tratado, tal como estaba concebido en » su minuta, será bien recibido. Despues, por inci- » dencia, para gobierno mio tan solamente, sigue » una breve indicacion de los sucesos ocurridos. Re- » cibida esta carta, creí de mi deber hacerme aquí » presente, y asi lo he ejecutado sin detenerme á ver » á nadie, ni aun al mismo Maserano.» Izquierdo quiso dar aquella carta y que el emperador la viese por sus propios ojos. Dijole el mariscal que bastaria una copia traducida. Dióla Izquierdo, y quedóse impasible, imperturbable enteramente, por mas que aquella carta pudiera ser desagradable á Bonaparte. El contenido de ella era muy breve: acusado el recibo de las que Izquierdo me habia escrito en 8, 12, 13, y 25 de octubre relativas al proyecto del

tratado, y anunciada su adopcion de parte nuestra tal cual le habia enviado, le contaba yo por cima las tristes novedades ocurridas, como sigue: « Por » ahora la novedad grande es la del arresto del prín- » cipe de Asturias (1). Escoiquiz era el autor de un » plan para deponer al gobierno actual y aun al » rey. Infantado, Orgaz, Ayerve y otros criados del » cuarto, los cómplices, sostenidos por el embaja- » dor Beauharnais. Madrid está medio movido: to- » dos esperan las resultas; pero ya traslucen que » este embajador ha dicho pondrán en Madrid su » cuartel general las tropas francesas. Estoy en el » sitio: todo mi cuidado es poco para tantos enemi- » gos; pero el cañon los reducirá. Sirva ésta para » gobierno de V., y entienda que nada quiere sino » su inmunidad — MANUEL. — San Lorenzo, 3 de no- » viembre de 1807. »

¿Quién no se hubiera imaginado que el conte- nido de esta carta debiese haber causado alguna escena semejante á la que, aun no pasadas veinticuatro horas, se ofreció con Maserano? Mi carta á Iz-

(1) Cuando escribí esta carta, habia ya obtenido el perdon del príncipe Fernando; mas reservéle á Izquierdo esta noticia, con la intencion, como he dicho anterior- mente, de que no llegase á Francia sino lo mas tarde po- sible, y descubrir de esta manera las ideas de Bonapar- te en favor ó en contra de la maquinacion descubierta, y si era su designio procurarse algun modo de interven- cion, tomada ocasion de aquellos sucesos.

quierdo, breve, sencilla y sin ninguna agrura como era, remachaba el clavo de la de Cárlos IV á Bonaparte. En ella se culpaba abiertamente á su cuñado Beauharnais, y habia por cima de esto una amenaza; empero Bonaparte no pudo menos de notar la buena fé de aquella carta, agena de calor y de artificio, carta no escrita para que él la viese, y en que mi corazon, tal cual se hallaba, era muy fácil de leerse. Citó á Izquierdo el mariscal para volver mas tarde, y luego que hubo vuelto, díjole el mismo mariscal que el emperador se habia mostrado mas tranquilo y mas suave, que se hallaba S. M. muy satisfecho de la sinceridad de su conducta y deseaba solamente que le diese su opinion, y le mostrase francamente cuanto entendiera y concibiese sobre aquel asunto. Izquierdo lo hizo así con dignidad y con acierto, satisfaciendo á mas con discrecion á otras preguntas en que se traslucia cierto interes de Bonaparte por el príncipe de Asturias, y la inquietud que le agitaba acerca de la marcha que podria tomar nuestra política. Despues le habló Duroc de esta manera: « El emperador asegura que » nada sabia por su embajador de estos asuntos (1); » que la primera noticia le llegó por la carta del rey

(1) Esta asercion era enteramente increíble. Mr. de Beauharnais habia despachado dos correos, uno detras de otro con veinticuatro horas apenas de diferencia, el uno en 29, y el otro en 30 de octubre.

» de España que recibió el 5 de este mes; que S. M. I.
» dijo: Son cosas domésticas del rey de España, y
» no quiero mezclarme en ellas. Pero que viéndose
» comprometido en la que recibió el 11 y horrori-
» zado de entender que se vulneraba su alto carac-
» ter, y se le hacia participante de una conspiracion
» tan deshonrosa y tan inútil para un soberano de
» su poder y fuerzas, apenas habia podido contener
» su ira justa y terrible. Quiere el emperador que
» se ratifiquen y pongan en ejecucion los dos con-
» venios firmados en 27 de octubre. — No cabe duda
» en que serán ratificados, dijo Izquierdo. — ¿Pero
» cómo han de llevarse á ejecucion, replicó el ma-
» riscal, si el rey de España retira de Portugal sus
» tropas para defenderse? ¿Y de quién, diga V.,
» intenta defenderse? — La carta del príncipe de la
» Paz, respondió Izquierdo sin apurarse, lo anuncia
» con arta claridad, y S. M. I. ha visto ya esta carta.
» Si V. quiere, voy á poner una nota para el empe-
» rador acerca de este asunto para enterar de todo,
» segun lo concibo, á S. M. I. y R. — No, que me
» está esperando, dijo Duroc; bastará hacerlo de pa-
» labra.»

Izquierdo le hizo entonces un resúmen de lo que ya habia dicho, y añadió mas ideas y reflexiones importantes, muchas de ellas relativas á refutar como imposible la multitud de desatinos que de Madrid se habian escrito en contra mia, y en deshonor y afrenta de Cárlos IV y María Luisa. Izquierdo,

sin mas norte que mi carta tan sucinta, supo poner en todo su relieve la rectitud del rey, y hacerme á mí justicia adivinando la verdad de mi conducta en tan penoso asunto, menos los pasos que habia dado para templar al rey, y los que estaba dando cuando le escribia, de los que nada le contaba por las razones que ya he dicho (1). Ni se pegó su lengua al paladar para decir abiertamente al mariscal, como le dijo, que habiendo yo afirmado por mi carta que

(1) Lo que sucede siempre en todos los eventos de magnitud y gravedad extraordinaria, que es abultarse los sucesos é ir creciendo las especies peregrinas segun que van corriendo entre la muchedumbre, debió entonces suceder con mas motivo estando ya extendida y deramada dentro y fuera de la corte en todas las provincias la faccion que trabajaba por el príncipe de Asturias, obra larga de Escoiquiz, de Infantado y algunos otros grandes, y de la dilatada germanía, tan poderosa y tan temible entre nosotros, de clérigos y frailes descontentos porque les tocaban al dinero. Se escribió á Francia que mi misma guardia habia asistido á la prision del príncipe, y añadian otras cartas que yo mismo le habia preso y puesto luego en un encierro, sin perdonar los grillos. Hubo tambien quien escribiera que se trataba muy apriisa de hacer morir al príncipe sin más juicio ni sentencia que un decreto de su padre, y que su ejecucion estaba detenida solamente hasta tanto que llegase el verdugo de Valladolid, á quien se habia llamado para poder hacerla con mayor sigilo y sin temor de un alboroto. Y fué tambien de ver que estas mentiras tan extrañas circulaban en los salones mismos imperiales, y que la amable Josefina las dió como sucesos verdaderos á diferen-

la maquinacion estaba sostenida por Mr. de Beauharnais, no podia menos de ser cierta y hallarse comprobada aquella especie, ni se debia extrañar se hubiese dado orden para volver las tropas, habiendo dicho aquel, y propaládose en Madrid, que irian las imperiales á guarnecer aquella plaza; escándalo muy grande que habria sido para España, como si el rey no se encontrase bien seguro de la fidelidad incorruptible de sus pueblos.

Despues de esta entrevista el mariscal Duroc subió á dar cuenta á Bonaparte, y vuelto á poco rato, dijo á Izquierdo que queria el emperador tuviese otro coloquio sobre el mismo asunto con el príncipe de Benevento. Aquella nueva conferencia fué casi en todo igual á la que Izquierdo habia tenido con Mr. Duroc, sin otra diferencia que añadir aquel ministro gran número de excusas para poner en buen lugar á su señor y soberano. Díjole, lo primero, como Mr. Duroc tambien se lo habia dicho, que nunca vió al emperador tan resentido y tan colérico, cual se mostró leida aquella carta (la segun-

tes personajes de la corte. De donde infiero rectamente que le escribió Beauharnais estas especies tan absurdas y malignas, no siendo de creer que las tuviese aquella por seguras sin afirmárselas su hermano. ¡ Y yo entre tanto estaba trabajando por libertar al príncipe y sacarle del abismo en que le habian metido! ¡ y mientras se contaban y se escribian tantas calumnias, Fernando estaba perdonado á ruegos míos!

da que Cárlos IV le habia escrito,) porque tocaba al alto honor de su persona tan incapaz de deshonorarse con intrigas y traiciones; que aun ignoraba lo que habria tocante á aquel asunto en la secretaria de relaciones exteriores; que ignoraba el emperador y él lo ignoraba de igual modo, si habria escrito Mr. de Beauharnais alguna cosa (1); que en su tiempo no habia existido relacion alguna, de ninguna especie, con el príncipe de Asturias, y que S. M. le habia encargado expresamente asegurarle no haber hecho á Beauharnais por parte suya encargo alguno de palabra, y que en las instrucciones que le fueron dadas por escrito, se le recomendaba

(1) Cosa bien rara, que siendo ya pasado mas de un dia de haberse recibido aquella carta que habia irritado tanto á Bonaparte y en que se denunciaba la deslealtad de su ministro, no le ocurriese á nadie preguntar si no habria alguna carta de Mr. de Beauharnais en la secretaria de relaciones exteriores, como tambien que aquellas oficinas hubiesen olvidado dirigirla, y en circunstancias tales en que se hablaba tanto ya en Paris de las ruidosas novedades que de España habian llegado. Pero á la grande habilidad del príncipe de Benevento no le quedaba mas recurso sino decir que se ignoraba todavía si habria llegado carta de Mr. de Beauharnais. Negar que hubiese escrito (como escribió en efecto, no una carta sino muchas), no era posible sin clavarse; negar lo que habia hecho en nuestra corte, no era dable; el príncipe de Asturias lo habia ya declarado, y Escoiquiz é Infantado, que se hallaban presos, confirmaban las revelaciones de Fernando.

la armonía y toda especie de atenciones con sus magestades y conmigo.

El dia despues, buscado siempre Izquierdo en vez de que él buscase (y sin faltar á la verdad pudiendo bien decirse, lisonjeado y adulado en cierto modo), se renovaron los coloquios y se añadieron otros, con el mariscal Duroc, con el príncipe de Benevento, con Mr. de Champagny, y con el príncipe Murat. Dióle éste á Izquierdo algunas quejas de que en tan graves circunstancias yo no le hubiese escrito. Díjole entre otras cosas sobre esto: « Con » una carta del príncipe de la Paz que hubiese yo » tenido, habria quitado al emperador *las ideas que* » *le han dado* de que la carta del rey de España, re- » cibida de mano del príncipe de Maserano, la ha- » bia dictado el de la Paz; de que es una intriga de » corte el arresto del príncipe de Asturias, y de que » el príncipe de la Paz quiere que reine otro infan- » te, y no el príncipe de Asturias (1). Yo, añadió

(1) ¿Quién pudo escribir á Napoleon tales especies y darle estas ideas sino el embajador Beauharnais? Solo podré decir acerca de esto, que en aquellos mismos dias, y si mal no me acuerdo el 4 de noviembre en el besamanos de la fiesta de San Carlos, me preguntó Mr. de Beauharnais si se habria escrito por nuestra parte alguna cosa que pudiera ser desagradable á S. M. el emperador. Dile tan solo por respuesta que ni el rey creia, ni yo tampoco, que pudiera ser desagradable al emperador saber la pura y exacta verdad de las novedades ocurri-

» Murat, fiel á la amistad del príncipe de la Paz,
 » aunque Mr. de Beauharnais es cuñado de la empe-
 » ratriz, y aunque esta señora, que no me quiere,
 » me honra; luego que recibí una carta del prínci-
 » pe de la Paz, *pidiendo se retirase al embajador,*
 » se la manifesté al emperador, que es cuanto pude
 » hacer, y si en el último correo me hubiera escri-
 » to, lo habria hecho igualmente, tanto mas que el
 » emperador ha extrañado que en tal ocasion no me
 » escribiese, etc. » Añadió luego al fin, que habia
 templado el grande enojo que causó al emperador
 la carta recibida, y que él mismo le propuso pedir
 mi carta á Izquierdo, respondiendo por mí y ase-
 gurando que yo no sentiria que se pidiese y fuese
 vista. Champagny no se dió por entendido de nin-
 guna cosa de Beauharnais: en lo demas habló como
 los otros.

Suma de los coloquios de aquel dia: los cuatro
 personajes mencionados, despues de tantas idas y

das. « Dígolo, me replicó Beauharnais, porque si con
 » efecto ha sido escrito lo que V. podria llamar pura y
 » exacta verdad, *debe V. contarse por perdido.* » Contes-
 téle sin inmutarme. « que el hombre de bien no temia na-
 » da aunque los cielos se cayesen á pedazos. » No tengo
 ya presente quien fué el que llegó entonces y dió fin con
 su presencia á aquella escena que pudo ser pesada. Desde
 aquel dia, en las cosas de oficio que ocurrieron, nos en-
 tendimos siempre por escrito, á la verdad con muchos
 cumplimientos y atenciones de ambas partes, mas sin
 volver á visitarnos.

venidas para hablar con Bonaparte y con Izquierdo, concluyeron por decir á éste, que el emperador se hallaba mas tranquilo y se sosegaria completamente siempre que se aprobasen, se ratificasen y tuviesen pleno efecto los tratados concluidos y aprobados por su parte el 27 del mes último; que convendria que Izquierdo despachase un pliego á nuestra corte para calmar las impresiones que podria haber hecho la relacion de Maserano del dia 11, y que escribiese asegurando firmemente que Junot no iria á Madrid como se habia mentido, y que éste no tenia mas órdenes que de seguir á Portugal derechamente.

Debo añadir aquí, que en las diversas conferencias tenidas con Izquierdo en los dias 12 y 13, le fueron hechas de parte del emperador muchas y varias preguntas, en que se descubria la inquietud de éste sobre el giro que podrian tomar los sucesos del Escorial, y acerca de la suerte que podria caber al príncipe de Asturias por aquel procedimiento. Las preguntas fueron todas de esta especie: « Quiere el emperador saber qué sucederia si el príncipe de Asturias fuese delincuente. — Si se juntarán córtés para juzgarle. — Si el príncipe de Asturias hallaria algun partido en la nacion. — Si los señores de su bando tenian poder, fuerzas y amigos. — Si se repetiria la tragedia del Escorial del tiempo de Felipe II, etc.,» preguntas todas á que Izquierdo dió salida con el mayor decoro, cerrando con

gran arte todos los portillos á pensamientos y esperanzas desleales. Tales preguntas, añadidas á las demas antecedentes que arrojaban los sucesos, probaban mas y mas la inteligencia de Bonaparte y de Beauharnais en cuanto habia ocurrido. Lo he dicho ya otra vez: Bonaparte no habia fijado enteramente sus proyectos, y andaba tanteando. Sí, su primer intento se ciñó tan solo en los principios á conseguir mi perdicion, ó mi retiro; la pretension del príncipe de Asturias de emparentar con él y de acatarle como á un padre, abrió un camino ancho á sus deseos y sus designios de enfeudar la España y hacerla luego cuartos á su arbitrio. Debíó aceptar y dirigir su marcha por aquel camino, donde le porfiaba que siguiese preferentemente un grande consejero de los suyos, y que aun siguió despues por mas ó menos tiempo, sin que le embarazasen sus protestas tantas veces hechas, de su órden, en las conferencias con Izquierdo; prueba de ello su tentativa, posterior á estos sucesos, con su hermano Luciano Bonaparte, á quien propuso en Mantua el desposorio de su hija con el príncipe Fernando (1).

Vuelto á tomar el hilo de los hechos. Estaba

(1) Esta propuesta de matrimonio es un hecho incontestable referido por diferentes escritores contemporáneos, entre ellos Mr. de Bourrienne (a), el cual asegura tambien que Luciano, *sin embargo de su estoicismo de-*

(a) Mémoires de Mr. de Bourrienne, vol. VIII, chap. 7.

preparada la misteriosa marcha que Bonaparte habia resuelto para Italia; debiera haber partido tres dias antes, pero aguardaba á ver mas claro en los sucesos de la España, que le tenian incierto y anheloso. Llególe en tanto en 15 de noviembre la primera nueva del perdon del príncipe de Asturias, y el mismo dia llegó tambien la ratificacion de los tratados. Ordenó entonces el viage para el dia siguiente, dejando cometida á su ministro de negocios extranjeros la explicacion y la satisfaccion definitiva que habria de darse á nuestra corte, para lo cual mandóle se entendiese con Izquierdo. En consecuencia aquel ministro tuvo con éste nueva plática que fué en resúmen como sigue:

Despues de referirle que habia llegado un pliego con la nueva del perdon del príncipe de Asturias

mocrático, consintió de buena voluntad en tener un rey Borbon por yerno. Yo tambien supe en Roma, y de la boca misma del príncipe Luciano, que la propuesta le fué hecha con bastante empeño; pero me aseguró haberla resistido con tan gran firmeza, que amenazó á su hija con la maldicion paterna si se prestaba á tales bodas. Lo solo cierto en este punto, es que Napoleon, mientras que en Fontainebleau hacia firmar rotundamente á nuestra corte que nunca habia tenido carta de Fernando, ni pensado en tales bodas, se estaba preparando para marchar á Italia y conchabirlas de camino con la hija de su hermano. ¡Y asi mentia y asi enredaba, sin tener vergüenza de sí propio, un hombre que tenia el imperio de la Europa!

y con la ratificación de los tratados, despues tambien de repetirle quanto en las otras conferencias se habia dicho de la grave queja que el emperador habia tomado por la carta que Cárlos IV le habia escrito, despues en fin de dada nuevamente por Izquierdo la explicacion mas decorosa, noblemente y bien fundada que requeria la dignidad y la razon de Cárlos IV, dijo Mr. de Champagny que el emperador le habia mandado volver á asegurar de parte suya, no haber nunca recibido carta alguna del príncipe de Asturias; mas que aun poniendo el caso de haberla recibido, no comprendia S. M. *que cosa habria de extraño en recibir cartas de todo príncipe, ni porqué podria formarse queja de que recibiera las que le escribiesen.* Díjole Izquierdo muchas cosas bien sentadas sobre esto, y haciéndole notar aquel ministro cuan grave cosa fuese que un príncipe heredero se entendiese con un soberano extraño á escondidas del natural y padre suyo que reinaba, se expresó lo bastante para demostrar quanto debian ser justas las aprehensiones y las quejas que podia tener el rey, si el embajador frances habia intentado ó prometido hacerse el intermedio de una correspondencia tan culpable. El ministro no dió respuesta á este argumento, se encerró entonces en su encargo, y hablóle de esta suerte: «No quiero meterme en cuestiones, y me limito á decir á V. lo que el emperador me ha mandado, es á saber: 1.º que pide muy de veras S. M., que por

» ningun motivo , ni razon , y bajo ningun pretexto
» no se hable ni se publique en este negocio cosa
» que tenga alusion al emperador ni á su embajador
» en Madrid; y nada se actue de que pueda resultar
» indicio ni sospecha de que S. M. I. ni su embaja-
» dor en Madrid hayan sabido , intentado ni coad-
» yuvado á cosa alguna interior de España; 2.º que
» si no se ejecuta lo que acabo de decir , lo mirará
» como una ofensa hecha directamente á su persona,
» que tiene medios de vengarla , y que la vengaria;
» 3.º *declara positivamente S. M. que jamás se ha*
» *mezclado en cosas interiores de España, y ase-*
» *gura SOLEMNEMENTE que jamás se mezclará; que*
» *nunca ha sido su pensamiento que el príncipe de*
» *Asturias se casase con una Francesa , y mucho me-*
» *nos con mademoiselle Tascher de la Pagerie , so-*
» *brina de la emperatriz , prometida , ha mucho*
» *tiempo, al duque de Aremberg; que no se opondrá*
» *(como tampoco se opuso cuando lo de Nápoles) á*
» *que el rey de España case á su hijo con quien ten-*
» *ga por acertado; 4.º que Mr. de Beauharnais no*
» *se entrometerá en asuntos interiores de España;*
» *pero que S. M. no le retirará, y que nada debe de-*
» *jarse publicar ni escribir de que pudiera inferirse*
» *cosa alguna contra este embajador; 5.º y princi-*
» *palmente, que se lleven á ejecucion estricta y pron-*
» *taamente los convenios ajustados el 27 de octubre*
» *último, que no se dejen de enviar las tropas pro-*
» *metidas para la expedicion de Portugal , que en*

»ningun punto falten, y que si faltan, S. M. no podrá menos de mirar esta falta como una infraccion del convenio ajustado.

Hecha esta explicacion y esta rara manera de *ultimatum*, en que Napoleon se degradó hasta el punto de excusarse con falacias y protestas mentirosas para satisfacer á Cárlos IV, mezclando al mismo tiempo la amenaza para impedir que se actuase y se pusiese en evidencia aquello mismo que él negaba, replicó Izquierdo todavía con la serenidad de espíritu y con la misma discrecion y dignidad que habia mostrado en los coloquios anteriores, arguyendo á Champagny de este modo: « Yo sé muy bien lo mucho que mi rey y mi gobierno desean mantener la buena inteligencia, que tanto les complace, con S. M. el emperador; estoy bien cierto de que en nada, si es posible, querrán ocasionarle ninguna especie de disgusto; pero aunque S. A. R. el príncipe de Asturias, mi señor, esté ya perdonado (como V. acaba de decirme,) si hubiese necesidad de procesar á los cómplices, y si de la causa aparece alguna cosa contra Mr. de Beauharnais, ¿qué es lo que habrá de hacerse? ¿se ha de seguir ó suspender? ¿se dejará al libre al reo, porque no puede hacérsele patente su delito? ¿se le ha de condenar sin hacérsele presente como ordenan las leyes? ¿se han de ver castigos en España sin publicacion de las causas y de las sentencias motivadas? y si resulta algo contra la perso-

»ra de Mr. de Beauharnais, habrá de impedir esta
»resulta la accion de la justicia del rey con escán-
»dalo de toda la nacion?

Mr. de Champagny se excusó de responder á estas cuestiones, diciendo no ser libre para mudar ninguna cosa de las instrucciones que el emperador le habia dejado, y que era de rigor lo que exigia de parte suya, de que el embajador Beauharnais no se implicase en cosa alguna del proceso. «Mas si por
»caso, instóle Izquierdo, hubiera resultado ó resul-
»tara un documento que probase en contra suya,
»¿no será al menos necesario el enviarlo para que
»el emperador haga justicia?» Champagny respondió, que en cuanto á esto, no habria dificultad, y que si se enviaba un documento cual decia, S. M. haria justicia. Concluyó, en fin, diciendo á Izquierdo, que el emperador queria que redactase aquel coloquio y me lo dirigiese sin tardanza.

Esta postrera explicacion del ministro Champagny es la sola cosa que de aquellas ocurrencias é incidentes de Fontainebleau, que dejo referidas, ha contado á sus lectores el conde de Toreno. En la embrollada é infiel historia que tejió de estos sucesos, ni una palabra ha dicho de la severa y enérgica carta, que en 3 de noviembre, acabando de perdonar al príncipe de Asturias, dirigió Cárlos IV á Bonaparte; carta por la cual es visto que no dió este perdon por complacerle, ni por temor indigno de su real carácter, pues ni aun le notició en aquella

carta que tal perdon hubiese dado, ni recibió esta nueva Bonaparte hasta el día 15. Tampoco ha dicho nada sobre la cólera, teatral ó verdadera, que mostró Napoleon al recibir aquella carta; ni acerca de la mia que con la misma fecha habia yo escrito á Izquierdo, culpando á Beauharnais de ser fautor de la conjura descubierta; carta que hecha patente á Bonaparte por Izquierdo, en vez de acrecentar su cólera imperial tan inflamada (como debiera haberla acrecentado si hubiera sido mas sincero aquel enojo), sirvió para aplacarla ó moderarla: ni ha hecho mencion tampoco de las diversas pláticas de Duroc, de Talleyrand, de Murat y de Champagny tenidas con Izquierdo, las mas de ellas con el objeto de disculpar las iras del día 11; ni de las vergonzosas negativas y solemnísimas protestas con que afirmó Napoleon no haber tenido carta alguna del príncipe de Asturias, aseverando al mismo tiempo no haber dado á Beauharnais ningun encargo reservado, y que en las instrucciones por escrito se le recomendaba especialmente guardar toda armonia y usar de toda suerte de atenciones con sus magestades, y conmigo mismo. Estos diversos hechos é incidentes merecian contarse: debiera haber mirado el conde de Toreno que la verdad histórica, como la judicial, está compuesta de la totalidad de datos que concurren á formarla y á ilustrarla; pero, escritor parcial y mal intencionado, calló cuanto podia realzar, no diré mi conducta y mis consejos, mas

si la dignidad de Cárlos IV, comparada con los estu-
gios trapaceros del grande emperador desconcerta-
do, y con aquel papel de delincuente, convicto, aun-
que inconfeso, que representó en Fontainebleau en
todos los coloquios tenidos de su órden con Izquier-
do. Al estampar aquel postrero de Champagny, no
tuvo otro designio el noble conde sino de persuadir
á sus lectores, que aquella especie de *ultimatum*,
comunicado de París en 18 de noviembre, y llega-
do á Madrid el 24, me afirmó en la intencion (no-
table despropósito!) de hacer lo que habia hecho
habia ya veinte dias, y *de cortar el gran proceso
comenzado*, sin reparar tampoco, al decir esto, que
ni yo corté el proceso, ni el proceso fué cortado (1).

(1) El conde de Toreno, para hacer menos notable
esta especie de anacronismo anti-lógico que comete en el
lugar ya citado (tomo 1.º, pág. 28), no hizo escrúpulo
de alterar una fecha, diciendo que el pliego que me re-
mitió Izquierdo desde París, *el 11 de noviembre*, con la
postrera explicacion del ministro Champagny, *me afirmó
en la resolucion de cortar el comenzado proceso*. Faltó
en esto á la verdad el vanaglorioso historiador, porque
el dia 11 fué el recibó de la carta que por mi consejo es-
cribió Cárlos IV á Bonaparte, la ira de éste y el tono
gravemente descompuesto y furibundo que se permitió
con el príncipe de Maserano. Izquierdo llegó el 12, y en
este dia, y en los siguientes hasta el 15, fueron las dife-
rentes pláticas en que con toda la autoridad, circuns-
peccion y mesura de un buen Español digno de su patria,
puso á Bonaparte en el caso de tener que encerrarse en
falsas negativas y protestas amistosas. El 15 fué la llega-
da á la corte imperial de las noticias del perdon del prin-

Ciertamente no es este el modo de escribir la historia honradamente. Manejando su pluma de esta suerte no solo en contra mia, sino contra otros muchos que podrán quejarse como yo me quejo, de sus infieles narraciones, de su parcialidad, su ligereza y la injusticia de sus juicios y sus fallos; el

cipe de Asturias, juntamente con la ratificación de los tratados consentidos de ambas partes: el 16 partió el emperador para Italia; el mismo día por la mañana fué la postrera conferencia de Champagny con Izquierdo, y el 18 partió el pliego que contenía esta conferencia y los sucesos y coloquios anteriores. ¿Se dirá que el conde de Toreno no tenía á la vista los hechos que ha ocultado, y que marró las fechas por inadvertencia? No por cierto. Lo poco que ha contado acerca de esto, lo ha extractado de los documentos oficiales que compiló don Juan Llorente; y los tenía en sus manos, pues se refiere á ellos y los cita en su apéndice al libro 1.º de su Historia, núm. 9, pág. 14. Cuanto yo he referido de estas ocurrencias, pláticas y explicaciones tenidas en Fontainebleau, se contiene muy largamente en dichos documentos con detalles minuciosos. Los que deseen examinarlos por sí mismos, los podrán hallar en el tomo III de la referida compilación. Todos ellos fueron copiados de los originales que después de la muerte de Izquierdo anduvieron de mano en mano, que fueron luego secuestrados debidamente por la policía francesa, y hoy existen en mi poder con los registros ó anotaciones que por la misma se habían puesto al margen de cada uno. Cuanto á la mayor ó menor exactitud de las copias que publicó Llorente sin mi acuerdo ni de nadie, puedo decir que aunque en ellas hay algunas equivocaciones de palabras y aun de frase, no quitan nada sustancial á los originales estas pequeñas diferencias.

conde de Toreno figurará en el mundo como historiador, á poco mas ó menos, como despues ha figurado algunos meses en el timon de los negocios. Dios sabe hacer justicia; la pena del talion la tiene bien sufrida el triste conde con setenas. Básteme ya lo dicho para probar su mala fé conmigo, y para dar respuesta á sus demas calumnias y á los groseros improperios y baldones que tan de balde me ha asestado con un encono y un furor cuya razon no alcanzo. No es mi intencion cansar mas tiempo á mis lectores siguiendo esta polémica. Voy á acabar la deplorable série de los dias á cual mas anublados y azarosos, que siguieron á los que ya he contado largamente.

Aun quedaba á mi vista una esperanza en la extremada situacion en que nos habia puesto la faccion descomulgada del príncipe de Asturias. Esta esperanza era la vuelta de aquel hijo extraviado á su interes y á sus deberes para impedir la marcha tortuosa que habia abierto á Bonaparte su conducta, el abandono entero de sus cómplices que sin su patrocinio no eran nada, la union sincera con su augusto padre para guardar su casa y su corona amenazadas, aquella positura inofensiva, mas circunspecta y firme, que aun podia tomarse con el emperador de los franceses sin dejar ningun camino ni resquicio á sus intrigas, aquel respeto en fin que le podia imponer una nacion heróica unida estrechamente con sus príncipes, y estos entre sí unidos,

cual requería la magestad del trono y la presencia del peligro. Una nación tan fiel á su amistad y á su palabra, como terrible á quien la engaña y ofende su amor propio; una nación como la España á quien ninguna fuerza humana puede poner el yugo que ella esquivaba, y que aun vencida se debate y lucha en guerra perdurable hasta romperle; una nación en fin de este carácter infrangible tan conocido y tan probado en todos tiempos, tan felizmente situada para guardar su independencia, fuerte por todas partes con sus cadenas y lazadas de altísimas montañas que la protegen y defienden como un inmenso laberinto inextricable é inexpugnable de ciudades naturales, favorecida á la redonda por dos mares, y allende de estos mares poderosa y rica por sus dominios transatlánticos, no podía ser una conquista á que aspirase Bonaparte de otro modo que con manejos escondidos y alevosos. Confirmábame en esta idea saber como sabía de positivo por confidentes míos seguros (1), que Bonaparte fiaba poco en las demostraciones y promesas halagüeñas del autócrata Alejandro, y en las del Austria mucho menos. ;Cómo podía querer comprometerse en una guerra abierta con España, que á mas de la defensa vigo-

(1) Los confidentes especiales que yo tenía pertenecían de todo corazón al partido de los Borbones; personas no compradas por dinero, pero las mas de ellas agradecidas á la honrosa y liberalísima acogida que les hice durante su destierro cuando era yo primer ministro.

rosa que podia oponerle, podia tambien llamar á los ingleses en su ayuda y reanimar de nuevo el continente con su ejemplo! Si ansiaba Bonaparte someter la España para tener seguras sus espaldas en cualquier guerra que estallase nuevamente al norte del imperio, empenándola entonces con nosotros, y exponiéndose á una gran lucha porfiada cual debia temerla, lejos de precaverse contra un riesgo que debia juzgar remoto é improbable mientras que cultivase con lealtad nuestra alianza, hacia efectivo y presencial aquel peligro mismo contra el cual queria precaucionarse, y guerreando al Mediodia, debia quedarse descubierto al Norte donde estaban sus grandes enemigos humillados y ansiosos de un desquite. Napoleon, sin duda, queria imitar á Luis XIV en su política; mas no en la guerra de catorce años que le costó ayudar á su real nieto contra la Europa conjurada. Me confirmó ademas en este juicio la relacion que Maserano habia enviado del furor de Bonaparte por la austera carta que recibió de Cárlos IV el 11 de noviembre; y despues los lenitivos, los efugios, las contradicciones, las protestas y mentiras con que en las pláticas tenidas de su órden con Izquierdo, pretendió tranquilizarnos, tomar tiempo y disponerse á comenzar intrigas nuevas, ó á proseguir las comenzadas (1).

(1) Estas conjeturas que yo formaba entonces, fueron luego comprobadas por toda la conducta ulterior de

Yo expuse á Cárlos IV mi opinion acerca de esto, y procuré mostrarle vivamente cual era la actitud y cual el baluarte que era tan necesario como urgente se opusiese á los ataques desleales del emperador de los franceses. « Se necesita, dije al rey, » un nuevo ministerio grandemente respetable, que » comprendiendo bien la situacion presente, pueda » hacer cara, dentro y fuera de la España, á toda » suerte de enemigos; hombres del todo nuevos y de » buen tamaño, de corazon muy grande, de larga » trascendencia, no conocidos por amigos ó enemigos

Bonaparte, y despues lo fueron mucho mas por su carta del 29 de marzo de 1808 al gran duque de Berg, de la cual citaré solamente algunos pasages: « No creais, le dice, que vais á debatiros con una nacion desarmada, ni » que os baste hacer alarde de tropas para someter la España.... La aristocracia y el clero son los dueños de España; si llegarán á temer que se tocasse á sus privilegios » y á su existencia, promoverian levantamientos en masa » que podrian eternizar la guerra. Yo tengo partidarios » en ese pais; *mas si me presentára como conquistador,* » *no tendria á nadie en favor mio....* El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades necesarias al » gefe de una nacion; pero no por esto dejarian de ponérmelo en frente haciéndole figurar como un héroe. » Yo no quiero que se haga violencia á ningun personaje » de esa familia. No conviene nunca hacerse aborrecible » ni inflamar los odios. *La España tiene mas de cien mil » hombres sobre las armas, mas de lo que era menester » para poder sostener con ventaja una guerra interior: » divididas en muchos puntos esas tropas pueden ser otros » tantos centros de accion para sublevar toda la monar-*

» ni de Inglaterra ni de Francia, sin relacion alguna
 » antecedente con Mr. de Beauharnais, enteramente
 » extraños á la discordia suscitada en el palacio, pe-
 » ro adheridos y votados á V. M. á todo trance; no
 » usados demas de esto, no gastados, no expuestos
 » de antemano, ni á los tiros de la envidia, ni á la
 » malevolencia de ningun partido; de una reserva
 » impenetrable, libres de amor y odio en cuanto á
 » las personas, de nadie temerosos, é inaccesibles á
 » la intriga de donde quiera que viniere y de cual-
 » quiera modo que ésta obre. Esta eleccion no es
 » muy difícil; los buenos Españoles abundan donde

» *quia*.... Comportaos de tal modo que los españoles no
 » puedan adivinar el partido que pueda yo tomar; esto
 » os será muy fácil, *porque yo mismo no lo sé tampoco*....
 » Yo mando que la disciplina se mantenga del modo mas
 » severo; ninguna falta, ni la mas ligera, sea disimulada:
 » haced que se tengan con los habitantes los mas grandes
 » miramientos, y mas que todo con las iglesias y los con-
 » ventos.... Cuidad mucho de evitar todo encuentro, sea
 » con los cuerpos del ejército español, sea con los desta-
 » camentos; *es necesario, es esencial, que ni de una ni*
 » *otra parte se quemé ni un tan solo cebo de pólvora*; de-
 » jad á Solano ir mas allá de Badajoz, contentaos con ob-
 » servarle, dad vos mismo la indicacion de las marchas
 » de mi ejército para tenerle siempre distante muchas le-
 » guas de los cuerpos españoles. *Si llegára á encenderse*
 » *la guerra, todo se habria perdido. Las negociaciones y*
 » *la politica son las que deben decidir de los destinos de*
 » *España*. Os encomiendo mientras tanto que eviteis cual-
 » quiera especie de explicacion con Solano y con los de-
 » mas generales y autoridades españolas, etc. »

»quiera que se busquen. Despues de esta medida,
»si puede valer algo mi consejo , V. M. podrá dig-
»narse de tomar el mando superior de los ejércitos
»franceses y españoles conforme puede hacerlo por
»el tenor de los tratados concluidos; resolucion
»magnánima á que Napoleon no tendria modo de
»oponerse sin quebrantar él mismo los convenios
»que tanto recomienda y cuyo cumplimiento exige
»tan de veras, resolucion sin duda no esperada de su
»parte y que pondria un gran dique á cualesquier
»designios ulteriores que esté agitando en su cabe-
»za. S. A. el príncipe de Asturias (y esto seria de
»esencia) deberia en este caso acompañar en todas
»partes vuestra real persona y ser honrado con el
»mando de alguna parte de las tropas bajo vuestras
»reales órdenes, inseparable siempre de su lado.
»De esta manera S. A. seria puesto fuera de la in-
»fluencia ó del contacto del enviado de la Francia
»y de cualquiera instigador ó instigadores que in-
»tentasen tantearle y seducirle nuevamente. En
»cuanto á mí, yo debo retirarme , y esto es tam-
»bien de esencia; no que en ninguna parte donde
»me encontrare pretenda yo soltar mi carga en ta-
»les circunstancias como las presentes, ni á V. M.
»rehusarle mis consejos ni mi vida que es suya en-
»teramente; pero conviene que esté lejos por lo
»menos, de toda intervencion en los negocios de
»política , sean exteriores ó interiores. Si , como ya
»se ha visto tantas veces y se está viendo claramente,

» intriga Bonaparte con tenaz empeño entre noso-
» tros, porque mi intervencion en los asuntos de
» política la estime opuesta á sus proyectos, váyame
» yo como él desea, y pónganse al reparo, contra
» sus intenciones, tales hombres, tan enteros y tan
» dignos, que V. M. no me heche menos á su lado.
» Esto por una parte: por la otra, si como puede ser
» (porque las grandes impresiones no se borran fá-
» cilmente), S. A. el príncipe de Asturias conserva
» en contra mia la triste prevencion en que mis ene-
» migos le han tenido tanto tiempo, viendo que me
» retiro del poder y que yo mismo lo pretendo, se
» calmará del todo, resistirá con mas firmeza cual-
» quiera tentacion con que asaltaren á S. A. todavía,
» y quitaráse al menos el pretexto con que lograron
» seducirle. Napoleon nos deja á su cuñado en me-
» dio de nosotros y yo no creo que cambie ni de ob-
» jeto ni de medio. La union, señor, la union del
» príncipe de Asturias con V. M. y su gobierno es
» sobre toda cosa necesaria en el extremo en que
» nos vemos; y en esta union está cifrada la de todo
» el reino. El precio de esta union es la corona de
» Castilla, cual V. M. la recibió de sus augustos pa-
» dres, y cual la lleva todavía sin que le falte ni una
» joya de su rico engarce. No logre nunca Bonaparte
» la ocasion de intervenir en las discordias que ha
» movido ó fomentado, ni hacerse necesario á V. M.
» contra su hijo, ni á éste, señor, contra el gobierno
» de su padre. »

Ni estas ni otras razones de igual fuerza me bastaron para que el rey tomase este consejo. S. M. me opuso sus achaques, las circunstancias nada propias y adecuadas para ir á figurar á la cabeza de un ejército donde los generales extranjeros, franceses de otros tiempos muy diversos, no prestarían á su persona sino un respeto de etiqueta y apariencias, junto con los desdenes y desaires á que podría encontrarse expuesto en tal teatro tan contrario á sus ideas. En cuanto á mudar el ministerio, formaba el rey este argumento: «ó los ministros nuevos serán »desagradables al emperador de los franceses, ó le »serán gustosos: si fuere lo primero, buscará modo »de apearlos; si fuere lo contrario, será porque los »halle favorables á las ideas que tenga en su cabeza. Con la facción que sorprendió á mi hijo, si ésta »se encuentra alimentada ó sostenida por Beauharnais, sucederá lo mismo. Cualesquiera personas »que yo nombre, no siendo de su bando, dirán que »son hechuras tuyas é intrigarán en contra de ellas; »¿me iré yo á echar entre los brazos de los hombres que no han temido profanar mi honor y mi »respeto pidiendo para mí una nuera al enemigo de »mi casa, y arrastrando á mi heredero á una tamaña »felonía? ¿A qué mudar de mano y exponerme á »ser vendido en situación tan peligrosa como la en »que Fernando nos ha puesto? Los ministros actuales, por lo menos, me tienen dadas muchas pruebas »de lealtad á mi persona, y el uno de ellos, Caba-

» llero, tú mismo me lo has dicho que ha pecado
» por exceso de calor contra mi hijo. Si quiere Dios,
» como yo aguardo, que su arrepentimiento sea sin-
» cero y permanente, y si las pruebas que me ha
» dado de tenerlo, por sus declaraciones voluntarias
» tan ingénuas, por sus promesas cotidianas, y por
» el gran teson con que me pide sea severo y rigoro-
» so con los que le metieron en tan malos pasos, si
» sus caricias con nosotros, y tantas lágrimas que
» vierte con su madre, merecen confianza, como yo
» creo que la merecen, debe esperarse que Beau-
» harnais, tan descubierto cual se halla, faltándole
» ya el campo á sus intrigas, no ose empeñarse en
» otras nuevas. Cumplamos los tratados religiosa-
» mente, vivamos con cuidado, tomemos bien nues-
» tras medidas de resguardo cual las pidieren los su-
» cesos; mas no toquemos al gobierno, tal cual está
» montado, no se nos venga todo abajo: queriendo
» mejorar la situacion en que nos vemos, no nos ex-
» pongamos á empeorarla. Por lo que toca á tí, ni me
» conviene tu retiro, ni cuando yo quisiera deferir
» á tus deseos podria acceder á ellos sin mostrarme
» muy por bajo del emperador de los Franceses. No
» habiendo él retirado á su culpable embajador des-
» pues que yo le he escrito de mi puño mis justos
» sentimientos, ni dádome respuesta, cual debia,
» directamente, seria mostrarme muy endeble si
» consintiera en tu retiro, y se podria decir que me
» encontraba yo forzado á despedirte porque el em-

»perador lo habia exigido. Podria tambien decirse
 »que tu caida era un efecto de las gestiones de mi
 »hijo, y que él tenia razon, y que eras tú el cul-
 »pable, y que el proceso fulminado contra sus des-
 »leales consejeros era violencia y atropello. Pién-
 »salo bien, que no tan solo va tu honor, sino tam-
 »bien el mio, en que te quedes en tu puesto. Na-
 »die ha sabido todavía los graves cargos que resul-
 »tan de la causa, y lo que es mas, nos exponemos
 »á una guerra con la Francia si aquellos cargos se
 »hacen públicos, pues que el embajador está im-
 »plicado y estás viendo lo que ha pedido Bonaparte
 »acerca de esto. Si te retiras á este tiempo, ¿ no será
 »fácil que propalen mis enemigos y los tuyos, que
 »yo oprimí á mi hijo malamente, que yo habia
 »obrado sugerido, que abrí despues los ojos, y á
 »tí que en nada te has metido sino en templar
 »mi enojo, te encontré culpable? Es imposible re-
 »tirarte.»

Esto y mas lo veia yo; pero primero era mi pá-
 tria, por mas que fuese grande el sacrificio. Todo
 pendia, para salvarse aquella, de la perfecta union
 del príncipe Fernando con su excelente padre; per-
 diese yo en buen hora hasta mi honor por mas ó
 menos tiempo, con tal que le faltasen sus pretextos
 á la faccion traidora, con tal que se calmase ente-
 ramente el príncipe de Asturias, y no llegase á po-
 der ser un instrumento inadvertido del ambicioso
 emperador para amenguar ó deshacer el trono de

su casa. Insté, clamé, y me hice porfiado mas que nunca por recabar de Cárlos IV que aceptase mis renunciaciones, mas todo inútilmente. Pedíle todavia mé exonerase al menos de aquellos cargos mas subidos que me envidiaban mis contrarios, aquellos sobre todo que aun pudiesen dar sospechas ó temores, por infundados que estos fuesen, al príncipe Fernando. Díjome el rey entonces que cuanto al mando superior de sus ejércitos no le era dable exonerarme sin perder la gran ventaja que le ofrecia el convenio ya ajustado y aprobado de ambas partes, de que pudiese yo tomar la comandancia general de los ejércitos franceses y españoles, caso que podia llegar, decia S. M., si la seguridad del reino lo exigiese, y á que el emperador no seria dueño de oponerse, sin que violase él mismo los tratados cuya completa ejecucion habia pedido y reclamado tan de veras (1). «En cuanto al almirantazgo, siguió el rey, que es lo que te ha traído mas envidias, cuando pudieren todos ver con evidencia que tu renuncia es voluntaria y libre enteramente, la ad-

(1) Mis lectores recordarán acerca de esto el artículo V. de la convencion secreta del 27 de octubre, concebido en estos términos: « El cuerpo del centro estará bajo las órdenes del comandante de las tropas francesas, y á él estarán sujetas las tropas españolas que se reunan á aquellas. Sin embargo, si el rey de España ó el príncipe de la Paz juzgasen conveniente trasladarse á este cuerpo de ejército, el comandante de las tropas francesas y éstas mismas estarán bajo sus órdenes.»